



Vuelve a nuestras páginas SEMPE, uno de los mejores humoristas europeos, finísimo crítico de nuestro tiempo, del mundo moderno, de «una sociedad apisonadora» de la que —como escribe Ramón Luis Chao en la entrevista que le ha hecho para TRIUNFO— ha extraído su héroe. En «Le Monde» se ha escrito de Jean-Jacques Sempé: uno de los mejores escritores de la época.

LA COMEDIA HUMANA DE SEMPE

por RAMÓN LUIS CHAO

«Y si uno de los mejores escritores de la época no hubiese escrito más de cien líneas? ¿Si el más ácido de nuestros panfletarios, el más fiel de los testigos se expresase sin palabras? ¡Tremenda hipótesis, que nos lleva a interrogarnos sobre el valor de la literatura! ¿Hay que excluir a Sempé de nuestra literatura con el pretexto de que ha invertido el orden de los valores, otorgando a la imagen el lugar de honor, y relegando las palabras, cuando las hay, a un rincón de la página? Su obra constituye la "Comedia Humana" de nuestra época, y por ello lo encontramos en la colección de "Libertés" al lado de Balzac y Victor Hugo.

Esta frase, traducida de «Le Monde» nos coloca inmediatamente

ante el personaje: Jean-Jacques Sempé, testigo de nuestra sociedad moderna, panfletario, por no decir moralista y... dibujante.

Sempé vive en el tercer piso de una casa burguesa, en uno de los barrios más aristocráticos de París, Saint-Germain-des-Près. No hay ascensor, pero sí una escalera monumental, barroca, como monumentales y barrocos son los escenarios de sus «situaciones», de sus historias. En este decorado vive Sempé, solo, como el eterno héroe de sus dibujos. Y como él, Sempé es tímido, no le gusta hablar:

—No suelo recibir a los periodistas; no sé qué decirles. Todo lo digo, o intento decirlo, en mis dibujos. No soy un conversador de salón...

Se sienta en un sillón de cuero,

de estilo clásico, que armoniza con los cuadros modernos de la sala. Tiene la mirada de un ciervo asustado, a la defensiva.

—Soy tímido y triste por naturaleza —dice, al fin.

Sí, en el fondo es un tímido y un inquieto. La vida no le fue nada fácil. Nació en Burdeos, el 17 de agosto de 1932, en el seno de una familia muy modesta. No le gusta hablar de su infancia, ni de su región natal.

—En primer lugar, porque me expulsaron del colegio por indisciplinado, y luego, porque tuve que ganarme la vida yo mismo.

Fue recadero en una tienda de vinos. Por la noche, dibujaba, aunque no había estudiado nunca la técnica. Un día llevó los dibujos al diario «Sud-Ouest», y los vendió.

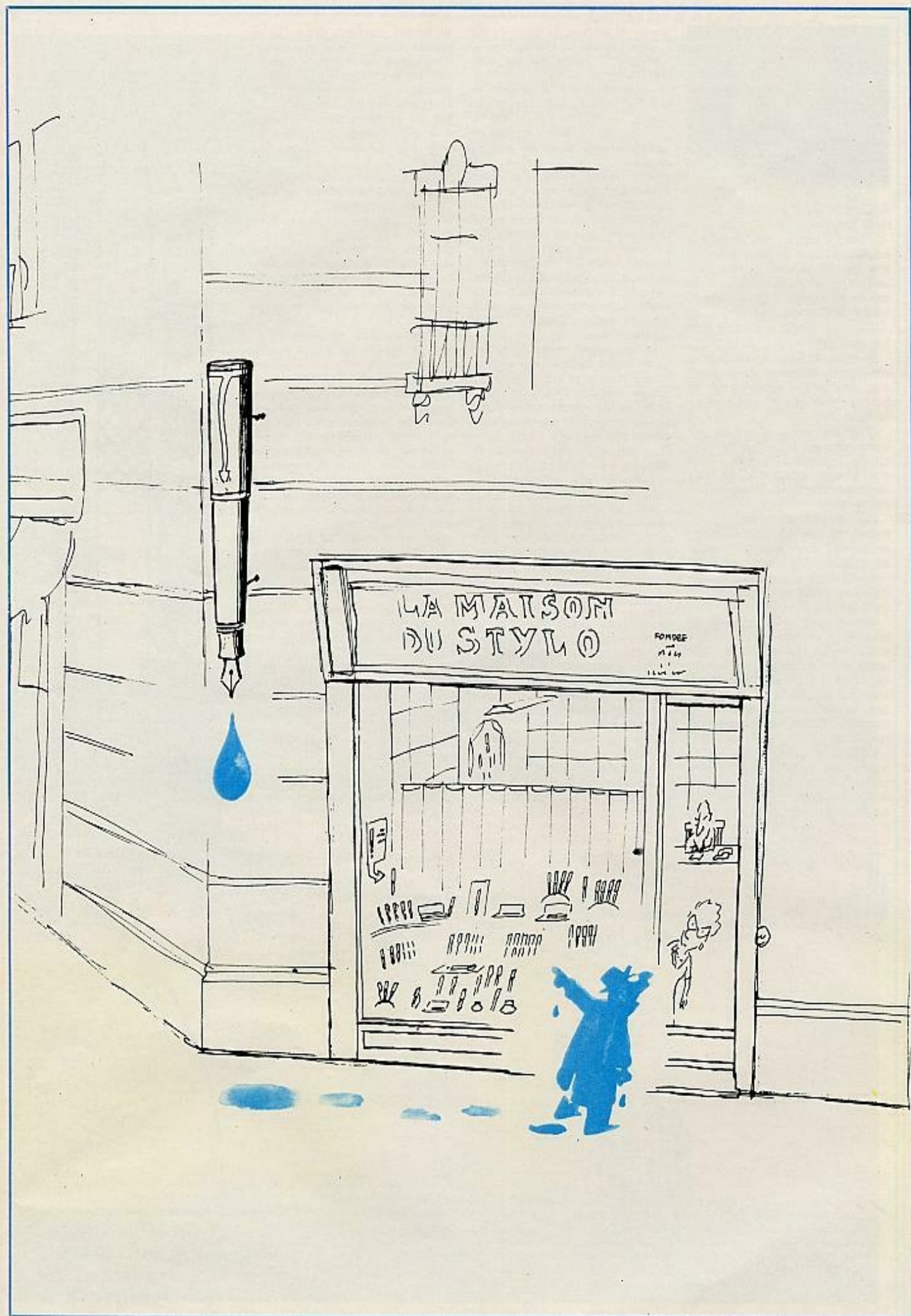
Desde entonces, Sempé es dibujante.

—Nunca lo había pensado, pero como no sabía hacer absolutamente nada, era necesario que encontrase un sistema para ganarme la vida...

A los dieciocho años, toma una gran resolución; se alista voluntario para hacer el servicio militar.

—Eso me permitía elegir el cuerpo y la ciudad. Quería venir a París, y así el billete no me costó nada...

En el cuartel, continúa dibujando. Va sembrando las salas de redacciones con sus papeles. Los resultados son decepcionantes. Afortunadamente el semanario «Noir et Blanc» comienza a publicarle, y Sempé encuentra una compañera con la que afrontar la vida. A los





diecinueve años se casa con la rubia Cristina.

—Fue siempre una excelente consejera. Tiene un sentido crítico que me ha servido mucho. Pero acabamos de divorciarnos. Creo que ha sido mejor... ¿En España no existe el divorcio, verdad?

—No; en España si no sale bien hay que aguantarse...

En 1952, sin haber presentado su candidatura, recibe el premio Carri-zey, destinado a ayudar a un dibujante joven. Es el comienzo de la fama. Pero...

—No me dieron el premio por bueno, sino por joven. Los humoristas no son nunca jóvenes —dice con amarga filosofía—. Es muy raro encontrar a un humorista de veinte años.

Pero algo debía tener el joven Sempé, ya que sus dibujos, llenos de humor, empezaron a aparecer en «Cristal», «Die Woche», «Punch», «Paris-Match», y hoy los publican los más prestigiosos semanarios de cada país.

Sempé es un humorista «de situaciones». Su héroe, casi siempre el mismo, un hombrecillo acosado, mejor dicho, aplastado, por todo lo que le rodea —mundo moderno, sociedad apisonadora, muchedumbres inquietantes—, es una víctima constante. Sempé nos obliga a reírnos de él.

—No de él —dice Sempé—. Ese hombre es usted, soy yo, somos todos nosotros. Lo que quiero es que nos ríamos de nosotros mismos, que nos demos cuenta de la situación en que nos encontramos. De esta forma no podremos des-

preciar al prójimo, ni dejar de ser indulgentes con los otros.

Sempé no quiere que los hombres se tomen en serio.

—Hay que tomar al prójimo en serio, y la vida, pero no a uno mismo. Por eso detesto a los héroes. El mito del héroe ha sido catastrófico para todas las civilizaciones.

Sempé no es un dibujante político propiamente dicho. No se dedica a reproducir al general De Gaulle, tarea, sin embargo, tan fácil para un caricaturista, ni a sus ministros. No; sus dibujos son política, al protegerlos contra la uniformización, contra la dominación de la publicidad y contra el triunfo de la razón sobre la fantasía. Antes de divulgarse el término, Sempé era ya un «contestataire».

—¡Ah, mayo!, dice. Mayo me causó una satisfacción enorme. Porque cuando ya no se esperaba, cuando había motivos para desesperar, los individuos se rebelaron contra la opresión de la sociedad actual, una opresión difusa, latente, y por ello más peligrosa. Si, mayo me ha marcado mucho.

—¿Cuáles son sus horarios de trabajo?

—Me levanto a las ocho de la mañana y empiezo a encender cigarrillos, sentado ante el papel blanco. Lo difícil es encontrar un tema...

—¿Más difícil que la realización?

—Una vez que encontré el tema, me parece más difícil la realización. A veces tengo que abandonar un tema debido a la dificultad de plasmarlo gráficamente.

—¿No ha pensado en otras formas de expresión?

—Sí, cómo no. Yo nunca estoy satisfecho con lo que hago y ahora pienso hacer alguna película, o escribir un libro...

—¿Y cómo imagina los temas?

—Los encuentro en la calle, en el autobús, en el «metro»... Todo lo que me da miedo es un tema de historieta.

—Deme un ejemplo de situación trágica.

—Es terrible imaginar a una mu-

chedumbre corriendo detrás de un hombre aislado o una representación teatral de Robinson Crusoe, ante un solo espectador, dormido, además...

—¿Sabe que se dice que es usted uno de los mejores escritores de Francia a pesar de no haber escrito más de cien o doscientas líneas?

—¡No!... ¿Quién dice eso?

Le enseño el recorte de «Le Monde», que no conocía.

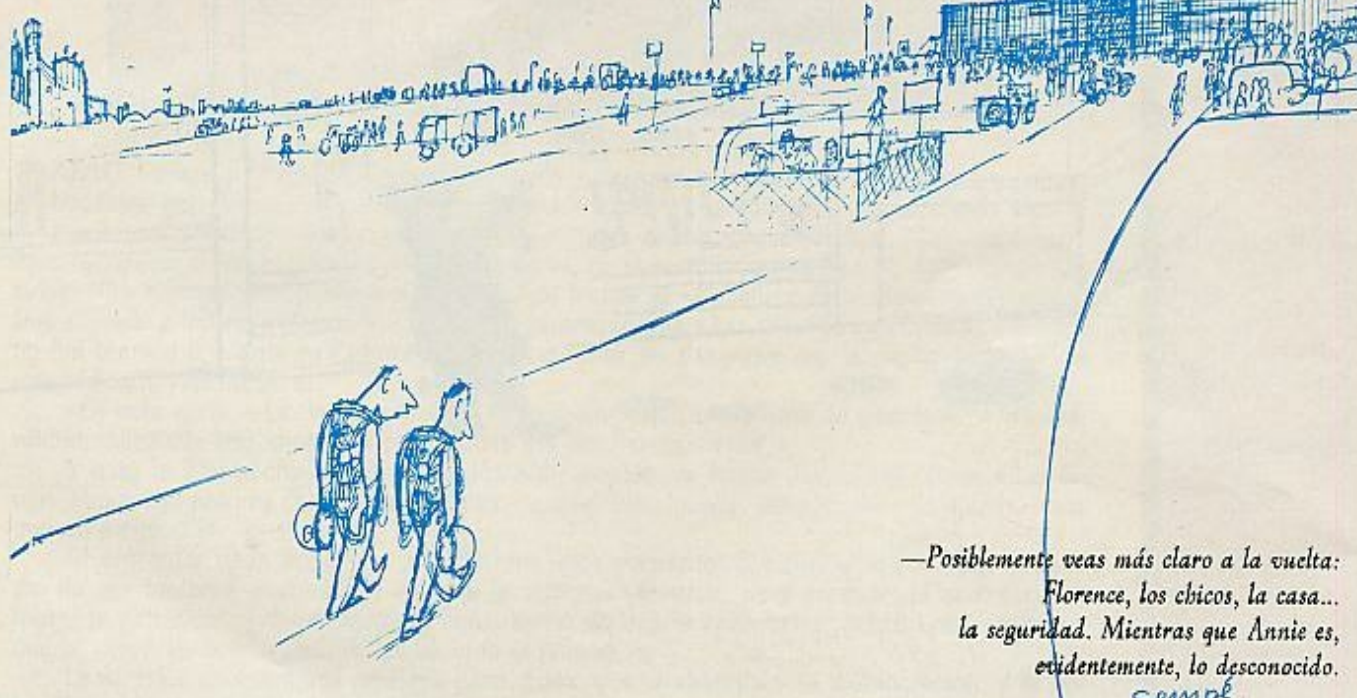
—Es cierto que hoy se escribe y se habla demasiado. No hay tiempo para leer. Una historieta, una situación se asimilan mejor, y más rápidamente, se pueden concentrar más elementos. Pero no hay que exagerar. No soy más que un humorista...

Y un moralista. Recuerdo su dibujo de aquella familia de campesinos, sentada ante la televisión. La madre está desplumando una gallina, y el padre, fumando la pipa medio dormido. Mientras tanto, el periodista pregunta a un escritor: «...y ahora quisiera hacerle la pregunta que, sin duda, quisieran plantearle todos los telespectadores: ¿De qué forma coexiste su concepto onírico de tendencia kafkiana con la visión sublógica de la existencia intrínseca?».

Se ríe. «No está mal ése», dice. «En realidad, pocos de mis dibujos me satisfacen completamente. De todos mis álbumes, tengo una debilidad por «Monsieur Lambert». Me gustaría hacer una obra de teatro con él. Pero no quiero hablar de mis proyectos. Soy demasiado supersticioso...».

Se termina el suplicio de la conversación. Sempé se sienta ante la mesa para terminar un dibujo, que debe entregar mañana.

Luego nos acompaña hasta la puerta y nos despidе con fría o tímida cortesía. Y allí se queda. Solo como su héroe, en un gran apartamento, en el barrio más bullicioso de París, plasmando sus temores que nos liberarán de los nuestros. ■ R. L. CH. Fotos: de ANGEL MUÑOZ DE PABLOS.



—Posiblemente veas más claro a la vuelta: Florence, los chicos, la casa... la seguridad. Mientras que Annie es, evidentemente, lo desconocido.
Sempé

—Siga mi tratamiento
y volverá a ser un hombre normal,
como los demás...

